

DÉCIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Muchos de nosotros llegamos a la recuperación con un fuerte deseo de cambiar y con una convicción, igualmente fuerte, de que podemos solucionar las cosas si nos esforzamos lo suficiente. Desarrollamos planes, estrategias y determinación, esperando que esta vez todo sea diferente. Sin embargo, con el tiempo, empezamos a descubrir algo asombroso: la recuperación duradera no se basa en nuestra capacidad para manejarlo todo, sino en nuestra disposición a entregarnos.

Este cambio puede resultar incómodo. Durante años, confiamos en nuestro propio entendimiento y fuerza de voluntad para enfrentar la vida. Incluso cuando esos esfuerzos fracasaban, a menudo reafirmábamos nuestra postura, convencidos de que más esfuerzo o una mejor planificación terminarían produciendo resultados diferentes. La recuperación cuestiona el fondo de mentalidad. Nos invita a considerar que el problema no es simplemente lo que hemos estado haciendo, sino cómo hemos intentado hacerlo.

El Evangelio de este domingo ofrece una invitación directa a tener esta nueva forma de vivir. Jesús dice (Mateo 11:28-30):

“Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga y yo les daré alivio. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga, ligera.”

Estas palabras se refieren directamente a la experiencia de la adicción y la recuperación. Muchos de nosotros sabemos lo que significa sentirse agobiados por las compulsiones, las repercusiones, la culpa y el agotador esfuerzo de intentar mantener la vida en orden.

A primera vista, cargar un “yugo” no parece llamativo. Un yugo implica trabajo, responsabilidad y compromiso. Sin embargo, la

diferencia está en quién lleva el peso. Cuando dependemos solo de nosotros mismos, la carga se vuelve abrumadora. Cuando caminamos con Cristo, algo cambia. El peso se comparte. La lucha ya no se desecha. Ya no estamos solos en ese esfuerzo.

Esto refleja el núcleo de los Pasos Uno, Dos y Tres. Admitimos que éramos impotentes, llegamos a creer que Dios puede restaurarnos y decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas a Su cuidado. Estos pasos no son pasivos. Requieren honestidad, disposición y acción. Pero están cimentados en un cambio fundamental: dejamos de intentar dirigir el espectáculo y empezamos a confiar en que Dios nos guiará.

Esta clase de entrega no es una decisión que se hace en un único momento. Es una práctica diaria. Podemos volver a cargar el peso, intentar controlar las consecuencias, arreglar situaciones o manejar a otras personas. Cuando esto ocurre, se nos invita a volver al simple momento de la entrega. Pedimos ayuda. Escuchamos. Damos de forma correcta el siguiente paso, en lugar de intentar resolverlo todo al mismo tiempo.

La recuperación nos recuerda que no estamos hechos para cargar solos con esto. Caminar con otros, padrinos, madrinas, amigos y la comunidad, ayuda a aliviar aún más la carga. Empezamos a experimentar que no tenemos que depender únicamente de nuestra propia fuerza o entendimiento. Cuando seguimos conectados, nos damos cuenta de que existe conocimiento, apoyo y gracia disponibles.

Con el tiempo, dentro de nosotros algo empieza a cambiar. La presión constante de intentar controlarlo todo se alivia. Nos volvemos más receptivos, más pacientes y más abiertos a la gracia. Los problemas no desaparecen, pero nuestra relación con ellos cambia. Empezamos a confiar en que Dios está actuando,

incluso cuando no entendemos completamente el camino que tenemos frente a nosotros.

Jesús no promete una vida sin esfuerzo. Promete una forma distinta de esforzarse, una basada en la relación, la confianza y la gracia. A medida que seguimos recuperándonos, estamos llamados a aceptar este ofrecimiento, una y otra vez. Le entregamos nuestras cargas, nuestros cuestionamientos y nuestras limitaciones, confiando en que Él proveerá el descanso que no podemos obtener por nosotros mismos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos te das cuenta de que sigues intentando manejar o controlar los resultados en lugar de entregarlos a Dios?
- ¿Qué entiendes en la práctica, por tomar el “yugo” de Cristo, ahora durante tu recuperación?
- ¿Cómo te ha ayudado la unión con los demás para aliviar las cargas que antes tratabas de llevar solo(a)?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Zacarías 9:9-10

SAL. RESP. Salmo 145:1-2, 8-9, 10-11, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:9, 11-13

EVANGELIO Mateo 11:25-30